

Homilía Mons. Aurelio Pesoa Ribera, OFM
Obispo del Vicariato Apostólico del Beni
Presidente de la Conferencia Episcopal Boliviana

Segundo Domingo Ordinario (C)
Manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en Él (Jn, 2, 1-11).
Domingo 19.01.2015

1.- El pasaje de las bodas de Caná hace ver lo nuevo que será la predicación del mensaje de Jesús. Dios no es ausente. Él está presente en la vida cotidiana de las personas. Participa en las alegrías y en las tristezas. Estuvo presente en las bodas de Caná junto a su Madre y sus discípulos. Falta el vino y ordena que llenen de agua las tinajas y cuando llevan al encargado, descubre que es un buen vino, mejor que el que había servido primero.

El evangelio de San Juan presenta a la Madre de Jesús pidiendo e intercediendo por los hombres ante su Hijo. Esta sencilla actitud de María el cuidado maternal de Ella, que la lleva a estar atenta a las necesidades espirituales y materiales del género humano.

La presencia de la madre no queda al margen. Ella se da cuenta del momento difícil que están pasando los novios, como madre y discípula, sabe la realidad de las personas y es sensible a las necesidades y penas y se acerca al Hijo, ella ordena a los sirvientes que hagan lo que Él les diga. Cómo discípulos ¿Estoy inmerso o soy sensible en la vida del pueblo me preocupo por sus reales necesidades?

Ella nos invita a comportarnos con bondad, amabilidad, cordialidad y disponibilidad hacia los demás, por más que duela. Ella pide algo concreto a su Hijo, solo le dice que no tienen vino. No lo obliga a hacer un milagro. Pues Ella confía plenamente en su Hijo, está convencida que Él sabe lo que conviene hacer.

De María aprendamos a presentarle al Señor nuestras carencias y necesidades y aceptar su voluntad. Así Jesús convirtió el agua en vino, nuestra vida con su gracia y presencia puedan ser transformada.

2. El milagro de las bodas de Caná, expresan que ha llegado el tiempo de la gracia de Dios, la plenitud y el cumplimiento de las promesas de Dios.

La sobreabundancia y generosidad de Jesús al comenzar su ministerio público será lo característico en todo el resto de su existencia terrena, Él es compasivo, misericordioso, sensible al dolor ajeno, todos son hijos de Dios que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos.

Entendamos pues, que todos estamos llamados a ser actores en la obra de Dios. Veamos que: los sirvientes se convierten también en discípulos: “hace todo lo que Él les ordena” y así contribuyen a que se manifieste la gloria de Jesús.

3. Hay que llenar las tinajas, de la vida, hasta el borde, el Señor espera que pongamos todo a su disposición, todo lo que somos y tenemos. Que sepamos dar el ciento por uno en todo lo que hagamos, es decir, que realicemos nuestros trabajos con perfección.

En nuestro país, en estos tiempos en donde se ciernen actitudes violentas de grupos, defendiendo sus razones, sólo el verdadero amor de Dios y al prójimo será capaz de despertar en nosotros una generosa entrega de reconciliación, tolerancia y perdón. El amor a la Iglesia, pueblo de Dios, nos hará perseverante en el bien.

El verdadero amor al prójimo nos dará la fuerza para trabajar sin descanso sin mezquindad. No basta el discurso y promesas vacías de preocupación por el pueblo pobre, y después no pasa nada. El amor de Dios debe testimoniarse con las obras verdaderas, aunque duela.

La Buena Noticia que predica Jesús es como el buen vino, mejor que el primero, es abundante y alcanza para todos, la alegría del Reino de Dios es semejante a un banquete de bodas, todo es alegría y con sentido fraterno.

Amar a Dios y al prójimo es ofrecer el esfuerzo en la entrega de lo cotidiano de un trabajo bien hecho con generosidad, sea en la profesión, oficio o servicio que desempeñemos, sea en lo político, en lo social, cívico o religioso. En nuestro quehacer de fieles católicos no tiene que haber espacio para la mezquindad, el egoísmo, o beneficio personal a costa de otro. Así sea.